



El gran mitin de la semana pasada para pedir el abaratamiento de los consumos ha puesto en la obligación de pensar a los hombres de Gobierno.

Pocas veces los señores gobernantes habrán empleado la facultad de pensar en los asuntos del país, y mucho menos, pensar en ellos desde el punto de vista del interés nacional.

grande, más aplastadora por su grandiosidad y su composición.

En la Moneda estaban el Presidente sonriente y unos Ministros pálidos, como muertos que suben de sus tumbas para asistir al juicio final.

A estos últimos el pueblo ha podido preguntarles: ¿qué habéis hecho en el poder? Como en el pez en el agua: nada.



En el Congreso es muy seguro que los senadores y diputados leen, mientras uno diserta sobre la remoción del secretario de la gobernación de Villarrica o Villa Alegre, la revista de precios de los productos nacionales; y encuentran que pagan muy poco por los porotos o el trigo; otros leen las cotizaciones del salitre y piensan que los aliados le han fijado un precio muy bajo; y unos cuantos consultan el precio de la lana y calculan que al fin la humanidad va a tener que andar en cueros.

Los agricultores opinan que se alquilen o compren barcos para sacar los productos al exterior y obtener mejores precios; los salitreros que el Gobierno debe hacer las ventas para ahorrarse ellos la comisión del agente vendedor y alcanzar mayor precio; y los accionistas de Tierra del Fuego en que el Gobierno traiga ganado fino que haga tres pariciones por año para mejorar las razas... y la entrada de peniques.

El pueblo, representado por unos cincuenta mil proletarios, con el aplauso de todos los hombres y dueñas de casa, circuló en apretado montón por la Moneda. Era una vasta demostración de que las necesidades van llegando al tope y que la clase trabajadora, siempre un poco dejada, comienza a moverse.

Los consumos por las nubes! Ni en los países que estaban en guerra, en plena crisis de fletes y de campaña submarina, han costado tan caros el pan, el azúcar, la leche, la mantequilla, el carbón, etc., como en Chile, país de agricultores, de trigo, de frejoles, de vacas y de bosques y minas de carbón de piedra.

El pueblo sereno, tranquilo, era imponente por su número. Nunca Santiago ha visto una manifestación más